

que los miembros del Parlamento que desempeñasen cargos públicos renunciasen á ellos, y que ningun individuo de la Cámara alta ó de la baja pudiera ocupar un cargo civil ó militar mientras durase la guerra. Los Comunes aceptaron el bill el 19 de diciembre, pero los Lores lo rechazaron el 15 de enero de 1645, porque consideraron que con tal bill se les arrebatara su antiguo privilegio de derramar su sangre en beneficio del país, y porque deseaban conocer el nuevo plan de la organizacion del ejército antes de destruir la antigua.

No por eso se desanimaron Cromwell y sus amigos, sino que, por el contrario, siguieron el camino que les indicaban los Lores. El 28 de enero de 1645 había concluido ya la Cámara baja las discusiones acerca de la nueva organizacion del ejército. En lugar de los distintos ejércitos parlamentarios debía existir uno solo, bajo el mando del que tantas veces se había distinguido en dicha guerra, de Tomás Fairfax. El tercer mando, ó sea el de mayor general, lo desempeñaba el popular Felipe Skippon, pero el segundo ó sea el de teniente general fué dejado vacante. Los Lores, por su parte, trataron de obtener algunas ventajas en favor de la autoridad del Parlamento y del presbiterianismo, pero consiguieron muy poco, quedando los cargos en favor de las personas indicadas por los Comunes. La firma de la Liga y Covenant se exigió solo de los oficiales, quedando enteramente libres los soldados; así se favoreció la introduccion en el ejército del elemento separatista.

Podía esperarse aun el impedir nuevos triunfos de los independientes por medio de un acuerdo con el rey, pero tambien se desvaneció esta esperanza. Desde fines de enero negociaban un tratado de paz en la pequeña ciudad de Uxbridge los comisionados del rey y los del Parlamento, discutiéndose de nuevo las principales causas de la lucha, la cuestion de la constitucion de la Iglesia y la de la milicia; pero el rey no quiso de ningun modo hacer las concesiones que se le pedían, sintiéndose tanto menos dispuesto á ello cuanto que podía fundar mayores esperanzas en los triunfos de sus audaces defensores en Escocia.

El impetuoso Montrose con un pequeño ejército de mercenarios irlandeses y fieles montañeses, había empezado una campaña triunfal contra los partidarios del Covenant, sorprendiendo á sus enemigos por sus marchas rápidas; había entrado á sangre y fuego en las posesiones de Argyle, del rey Campbell, y le había derrotado de un modo desastroso en Inverlochty al pié del Ben-Nevis (2 de febrero de 1645). El rey recibió la noticia de la victoria cuando terminaban las negociaciones de Uxbridge. Los comisarios realistas regresaron á Oxford y los representantes del Parlamento se dirigieron á Londres.

Era, pues, preciso que el ejército reorganizado cumpliera las esperanzas que en él se habían puesto. Los preparativos militares se hicieron con gran actividad; de los distintos cuerpos se formaron doce regimientos de infantería é igual número de caballería, componiendo un total de unos 22,000 hombres. La disciplina era severa, no permitiéndose las menores infracciones y los motines fueron reprimidos con energía. Un nuevo bill de «abnegacion» algo menos agresivo que el anterior, fué admitido por los Lores en 3 de abril de 1645. En él se ordenaba que todos los miembros de ambas Cámaras que desde el 20 de noviembre de 1640 hubiesen sido nombrados para cargos civiles ó militares estaban obligados á presentar la dimision en el término de cuarenta días. Essex, Manchester y otros dejaron las plazas que ocupaban colmados de honores, y Fairfax escogió un cuerpo de oficiales en que al lado de veteranos y hombres de la nobleza, se veían otros que procedían de las capas inferiores del

pueblo. Al repartirse las plazas se había dado una buena parte á la parentela de Cromwell, y aunque éste había tenido que retirarse en virtud del bill, Fairfax declaró que le era indispensable, y el Parlamento prescindió en su favor de la cláusula de los cuarenta días y permitió que ocupase el segundo lugar en el ejército, con el mando de la caballería.

Los presbiterianos que habían querido aprovechar la ocasion para derribar al «gran independiente», le vieron en una posicion mas firme que nunca, debiendo contentarse de buen ó mal grado con las ventajas que adquirieron en otro terreno.

Con satisfaccion vieron renovar el proceso del arzobispo Laud, que continuaba preso, á quien se condenó por medio del *Bill of attainder* sin cuidarse de obtener la aprobacion del rey, y á quien arrastraron al cadalso el día 10 de enero de 1645. Se felicitaron tambien de que el Parlamento aprobase la nueva organizacion de la Iglesia y los principios fundamentales de las instituciones presbiterianas, recibiendo al mismo tiempo el apoyo de Escocia para sostener la lucha en favor de la «única Iglesia verdadera.» A pesar de la oposicion de los pastores independientes y de los manejos de Cromwell, Vane y sus compañeros, parecia que los que en lo mas pequeño disintiesen de las prescripciones ortodoxas no serian admitidos á ocupar ni aun el ínfimo lugar en el nuevo edificio que se estaba levantando; pero el curso de la guerra hizo ver á los enemigos de la tolerancia de qué parte les amenazaba el peligro y la poca solidez de la obra del Sínodo de Westminster.

El ejército reorganizado dió una prueba de actividad en la campaña de 1645, aunque en un principio no obtuvo grandes triunfos, y los realistas se desataron impunemente en burlas sobre el zapatero Hewson, el carretero Okey y el escribiente Harrison, que habían sido nombrados oficiales de la noche á la mañana.

En los condados del Oeste el príncipe de Gales, acompañado de Hyde y Colepepper, reanimaba el entusiasmo de los realistas, y la fortaleza de Taunton, cuya defensa valió merecidos laureles á Roberto Blake, resistía con dificultad los esfuerzos de los sitiadores. En los condados del centro mandaba Carlos I, junto con su sobrino el príncipe del Palatinado, que al parecer llevaba la intencion de dirigirse al Norte para unirse con Montrose. A su aproximacion el ejército escocés retrocedió lleno de espanto, y los parlamentarios levantaron precipitadamente el sitio que tenían puesto á la plaza de Chester.

Entre tanto Fairfax y Cromwell se habían presentado ante los muros de Oxford, en donde se encontraba el príncipe de York, y que se consideraba aun como la plaza mas importante de los realistas; pero la noticia de que el rey se había apoderado por asalto de Leicester el 30 de mayo, les obligó á abandonar el sitio de Oxford, que se hallaba ya muy apurada, para dirigirse contra Carlos. En el cuartel general de este se notaba una vacilacion que tuvo las mas fatales consecuencias para su causa. El príncipe Ruperto queria que no se abandonase la expedicion á los condados del Norte, donde podían esperar darse la mano con el triunfante Montrose; en cambio lord Digby aconsejaba que se emprendiese la marcha hácia el Sur para no abandonar allí el campo al enemigo. El rey se decidió por la opinion de Digby; pero lleno de buen humor y sin temor alguno, no apresuró su marcha, sino que se detuvo para dedicarse á los placeres de la caza, dejando á sus caballeros en la mayor libertad. El ejército parlamentario, lleno de celo y rigurosamente disciplinado, formando un notable contraste con las fuerzas petulantes y licenciosas del rey, tuvo ocasion de reunirse en Northampton; Cromwell se estableció en el

cuartel general, siendo recibido con gritos de alegría, determinando en seguida emprender el ataque. Demasiado tarde ya, quiso el rey evitar el choque, á fin de esperar refuerzos; pero tenia el enemigo encima y no le quedó mas recurso que salirle al encuentro.

En la mañana del 14 de junio, los pacíficos habitantes de la aldea de Naseby vieron avanzar al ejército parlamentario y colocarse en orden de batalla en las alturas que la dominan. La infantería, á las órdenes de Fairfax y Skippon, ocupaba el centro; la caballería se hallaba situada en las alas; mandaba el ala derecha Cromwell y la izquierda fué confiada á Henry Ireton. Era este jóven aun y procedente de una familia de juristas; su celo por la causa del Parlamento le había impulsado á tomar las armas, siendo tan activo y eficaz con la pluma como con la espada. Hombre serio y enérgico, casó despues con una hija de Cromwell, siendo uno de sus mas celosos partidarios.

El ejército realista se hallaba preparado para el ataque, ocupando posiciones en las alturas al Sur de Harborough: Ireton se hallaba en frente del príncipe Ruperto, en la otra ala del ejército real se hallaba el resto de la caballería á las órdenes de sir Marmaduke Langdale, y los regimientos de infantería, en el centro, bajo la vigilancia del rey. En esta batalla, como en las precedentes, la artillería representó poco papel, luchando entre sí los escuadrones de caballería y la infantería hombre con hombre para obtener la victoria. El santo y seña de los parlamentarios, era «Dios es nuestra fuerza» y «Reina María» el de los realistas.

El príncipe Ruperto, segun su costumbre, cargó con furia al enemigo, arrollando los escuadrones de Ireton á pesar de la heroica resistencia de su jefe, y arrastrando tras sí al combate á los soldados de infantería. Los regimientos parlamentarios cedieron y algunos se desbandaron sin que pudieran reunirlos los esfuerzos de sus oficiales; Fairfax, olvidando su papel de general en jefe, combatía como un simple soldado, sin reparar que un sablazo le había arrebatado el casco de la cabeza. Skippon salió herido y asimismo Ireton arrojaba sangre por varias heridas, habiendo caído pasajeramente en poder del enemigo.

Pero Cromwell restableció primero el equilibrio y por fin convirtió el triunfo de los realistas en una desastrosa derrota. El ataque de Langdale no había logrado conmovier á sus *hombres de hierro*, y en cambio el jefe del ala izquierda de los realistas se vió obligado á ceder ante las carabinas y las espadas de los fanáticos escuadrones que á rienda suelta cargaron sobre la infantería real, dando tiempo á Fairfax de que rehiciese sus tropas, al mismo tiempo que Ireton, libre ya, acudia de nuevo al combate con parte de su caballería. El ataque comun se dirigió contra el centro enemigo y fué tal, que no pudo sostenerse ni siquiera la guardia del rey, y cuando el príncipe Ruperto, detenido por la reserva de los parlamentarios, volvió al campo de batalla, encontró la mayor confusion entre los suyos. «¡Un solo ataque y ganamos la jornada!» exclamó el rey que con peligro de su vida se había puesto al frente de los desordenados regimientos; pero el pánico se había hecho general y la mayoría de los realistas arrojaban las armas, mientras que los demás, y con ellos Carlos y su escolta, huían perseguidos por las calles de Harborough y por los campos, pudiendo hallar solo momentáneo reposo en Leicester.

Fué este para los parlamentarios un éxito inmenso, pues hicieron cinco mil prisioneros, se apoderaron del campamento entero con las señoras de los caballeros, toda la artillería y municiones, gran número de banderas y entre ellas el estandarte real. Encontraron la correspondencia secreta de Carlos, la que contenía las pruebas de su doble juego, de

sus negociaciones con los católicos irlandeses y de haber pedido socorros á los países extranjeros, todo lo cual causó gran indignacion cuando se hizo público.

A los cuatro días de la batalla de Naseby abandonó el rey la ciudad de Leicester, y viendo que no podía sostenerse en el Norte, se determinó á dirigirse á los condados del Oeste, á fin de reorganizar la resistencia entre los leales habitantes de origen celta de aquellas regiones. Pero mientras perdía un tiempo precioso bajo el techo hospitalario del castillo de Ragland, perteneciente á uno de sus partidarios, el conde de Worcester, lo aprovechaban sus enemigos que le perseguían á marchas forzadas. En efecto, los parlamentarios hicieron levantar el sitio de Taunton, derrotaron al temido lord Goring, se apoderaron de una fortaleza tras otra y redujeron á la impotencia á las partidas de paisanos llamados «Clubmen,» hombres de maza ó maceros, campesinos que con sus toscas armas atacaban á la soldadesca de ambos partidos. Al mismo tiempo los escoceses se apoderaron en el Norte de la ciudad de Carlisle y descendieron hácia el Sur para proceder al sitio de Hereford. Los mas fieles partidarios del rey dudaban del triunfo de su causa, y hasta su valiente sobrino, el príncipe Ruperto, al cual se había confiado la defensa de Bristol, aconsejaba que se procurase obtener la paz. Carlos I, sin embargo, no queria someterse á las condiciones que podía suponer le impondrían sus enemigos, y trató de proceder con nueva energia. Con las escasas fuerzas con que contaba quiso ir á libertar á Hereford; pero pronto tuvo que renunciar á su plan, y trató entonces de unirse con su caballería á Montrose. Logró atravesar felizmente el campamento escocés, y despues de una marcha atrevida, llegó á Doncaster, en el condado de York, pero la noticia de que la caballería escocesa, bajo el mando de David Leslie, había sido enviada en su persecucion desde el campamento de Hereford, le llenó de ansiedad, y temiendo ser alcanzado, retrocedió hácia Newark y Oxford.

La noticia de que Montrose había alcanzado una nueva y gran victoria en Kilsyth el 15 de agosto, llenó de esperanzas el corazon del rey. Argyle aquel día había debido su salvacion solo á la ligereza de su caballo, y Glasgow y Edimburgo se rindieron al vencedor. Los escoceses, que se hallaban aun delante de Hereford, no esperaron la llegada del rey para levantar el sitio y dirigirse contra el terrible enemigo que tenían en su propia patria.

Carlos pudo entonces dedicarse á buscar los medios para ir al auxilio del príncipe Ruperto, á quien Cromwell y Fairfax habían encerrado dentro de Bristol. Contaba con la fortaleza de la plaza que estaba bien aprovisionada y con el valor del príncipe Ruperto que le había ofrecido resistir cuatro meses; de modo que le sorprendió en gran manera la noticia de que el príncipe había entregado aquella importante plaza á los sitiadores el día 11 de setiembre. La situacion de Ruperto se había hecho muy difícil desde que el enemigo se había apoderado de uno de los puertos, y además le tenían mal dispuesto sus desavenencias con lord Digby, el principal consejero de su tío. El rey se puso furioso al saber la noticia. «Es la prueba mas grande á que he estado sometido, le escribió. ¿Qué puedo esperar, si quien como tú está tan unido á mí por el parentesco y la amistad se porta con tan poca energía?» Le quitó todos sus empleos y le dió un pase «para que pudiera buscar su seguridad al otro lado del canal.»

Desde entonces le pareció que solo le quedaba un medio de salvacion y era el reunirse con Montrose, y para dificultar la persecucion dirigirse al través de las montañas del Norte del país de Gales. Llegó á Chester que estaba sitiada por los parlamentarios y era plaza para él de mucha impor-

tancia por sus relaciones con Irlanda. Pero allí se encontró entre el fuego de los sitiadores y el de los que le perseguían, hallando interceptado el camino que debía conducirlo á reunirse con Montrose, cuya estrella por su parte había comenzado también á declinar. David Leslie sorprendió al noble escocés en la mañana del 13 de setiembre en el bosque de Ettrick junto á Philiphaugh, y en pocas horas dispersó sus tropas. Montrose tuvo que huir á los Highlanders volviendo á dominar Argyle.

No pudiendo el rey contar ya con los escoceses, era muy dudoso que obtuviese auxilios de los católicos irlandeses. Por un momento pensó en dirigirse á la isla de Anglesey, que era de muy fácil defensa, y pasar allí el invierno, pero por fin se decidió á establecer su cuartel general en Newark por consejo de lord Digby, que esperaba evitar, dirigiéndose á aquel lejano punto, un encuentro con su enemigo el príncipe Ruperto. También fué Digby quien aconsejó al monarca que hiciera desde allí una excursión al Norte cuando se esparció el rumor de que Montrose había alcanzado un nuevo triunfo. Esta expedición falló completamente, pues Montrose continuaba fugitivo, y Digby, que á pesar de ello siguió su marcha, fué derrotado por las tropas del Parlamento, refugiándose con dificultad en Irlanda. El rey, á su regreso de Newark, tuvo una violenta escena con el príncipe Ruperto, que exigió satisfacciones y se hallaba protegido por algunos oficiales rebeldes. El mismo Newark no era ya punto seguro, y para encontrar buenos cuarteles de invierno se vió obligado á refugiarse dentro de los muros de una fortaleza, escogiendo por fin á Oxford, en donde aguardaban todas las comodidades de la corte al príncipe que desde la batalla de Naseby había andado errante de un lugar á otro. Se presentó allí acompañado de una corta escolta á principios de noviembre, y durante los tristes días de invierno se rehizo de las fatigas de los últimos meses.

Pocas eran las plazas que le habían quedado además de Oxford, pues ante los cañones del victorioso ejército parlamentario, las ciudades realistas abrían sus puertas y los muros de los castillos y moradas de los caballeros caían reducidos á escombros. Los vencidos pagaban con el corazón oprimido, las multas que se les exigían para salvar sus bienes de las manos de los vencedores. Hasta en los condados del Sud-oeste se vieron obligados á abandonar el campo los partidarios del rey, retirándose á las provincias extremas del condado de Devon y de Cornwall. La pugna que se estableció entre el príncipe de Gales y el comandante militar Goring, favoreció á sus enemigos que vencieron la última resistencia que se les oponía en aquel punto. El príncipe de Gales y sus partidarios abandonaron el país á principios de marzo de 1646 para refugiarse primero en la isla Scilly y después en la de Jersey, y reunirse después con su madre en Francia.

Todo el ejército parlamentario disponible se dirigió entonces á Oxford donde se hallaba encerrado el abatido monarca, que á pesar de toda las derrotas sufridas se negaba á la conclusión de una paz honrosa.

CAPITULO IV

HUIDA DEL REY Á ESCOCIA Y SU REGRESO FORZOSO. LUCHA ENTRE EL PARLAMENTO Y EL EJÉRCITO

En ninguna época de su vida procedió Carlos I con tanta ceguera en el empleo de la intriga como en los primeros meses que siguieron á su estancia en Oxford. Los muchos mensajes que mandó al Parlamento no respiraban sino deseos de paz, y en ellos declaraba que no quería ser responsable ante Dios del derramamiento de sangre; pedía salvo-conducto para sus comisionados y aun expresaba el

deseo de ir á Londres para llevar en persona las negociaciones; pero la verdad es que no trataba de ponerse de acuerdo con sus adversarios, sino de vencerlos. Había encargado á la reina que alistase soldados mercenarios en el continente, quería hacerse partidarios entre los católicos ingleses prometiéndoles la tolerancia, y sobre todo contaba con la ayuda del pueblo irlandés. En su nombre el conde de Glamorgan; hijo del marqués de Worcester, había entrado en tratos con el nuncio del Papa y con los rebeldes de Irlanda, los cuales le prometieron ponerse bajo las órdenes del rey en número de 10,000 hombres, pero en cambio Carlos I por su parte tuvo que hacer concesiones que de ninguna manera le convenía se hicieran públicas. Por su desgracia se encontró una copia de estas negociaciones juntamente con algunos documentos comprobantes en el coche del arzobispo de Tuam, que perdió su vida en la guerra de Irlanda. Publicados por el Parlamento estos documentos, levantaron una gran tempestad. Fué completamente inútil que el rey en una solemne declaración asegurase que Glamorgan había traspasado sus poderes, é inútil también que el gobernador de Dublin, Ormond, redujese á prisión al conde acusándole de alta traición, pues en Londres se convencieron una vez más de la falsedad del monarca y se decidió no dar ningún paso cerca de él si no se decidía á aceptar sin condiciones las exigencias del Parlamento.

Carlos I tenía todavía una esperanza; estaba enterado de la discordia que reinaba entre sus adversarios; sabía que los presbiterianos y los independientes se miraban como enemigos, y que no existía un acuerdo completo entre los ingleses y los escoceses. Si podía utilizar un partido contra otro y poner en pugna las dos naciones, tenía derecho á esperar que recobraría su antiguo poder absoluto.

En primer lugar fijó su atención en la oposición de los dos partidos político-religiosos de Inglaterra, oposición que se había hecho mucho mayor con los sucesos recientes.

Con los hechos heroicos del ejército habían cobrado los sostenedores del independentismo una confianza completa en la victoria y se burlaban de la estrechez de miras de los trajes negros del Sínodo y de los políticos pusilánimes de ambas Cámaras. La idea de la libertad de pensar les dominaba á todos, y en muchos de ellos iba unida á la idea de lo superfluo de un poder monárquico. «Cuando llegué al ejército entre los soldados de Cromwell, cuenta el pastor presbiteriano Richard Baxter, encontré un nuevo orden de cosas como no lo había soñado nunca. Las cabezas estaban exaltadas y tuve que escuchar cómo querían destruir al mismo tiempo la Iglesia y el Estado. Decían que los lores no eran sino los coroneles de Guillermo el Conquistador: los barones, sus mayores y los caballeros sus capitanes. Pero que creían que Dios en su prevision les había confiado á ellos como conquistadores el cuidado de la religión y del imperio.» Henry Marten que dijo una vez en la Cámara baja que más valía se perdiera una familia que muchas, y por ello había sido desterrado del Parlamento, fué perdonado, y Henry Vane era conocido como uno de los sostenedores del principio de que el poder soberano en su origen estaba fundado en la voluntad libre del pueblo, el cual podía conservarlo en quien quisiera ó entregarlo á otro.

Cromwell, que era el jefe reconocido del partido que se había levantado sobre los demás por sus hechos de armas, exponía así la cuestión religiosa. «Esta noble gente, escribía al presidente de la Cámara baja después de la batalla de Naseby, os ha servido con valor en esta acción. Son fieles, y por lo tanto os suplico, señor, en nombre de Dios, que no los desaniméis. Deseo que esta victoria, dé animo y haga agradecidos á todos aquellos á quienes aprovecha. El que sacrifica

su vida por la libertad de su país, tiene derecho á confiar en Dios y en vosotros para obtener la libertad de su conciencia.» «Presbiterianos é independientes, decía después de la toma de Bristol, tienen aquí el mismo modo de creer y de orar, y no se hallan separados por nombres de partidos. ¡Lástima que en otros puntos no suceda lo mismo!... Entre hermanos creemos que en las cosas espirituales no pueda haber más fuerza que la de la ilustración y del buen sentido.» En esto el vencedor de Naseby demostraba que el ruido de los cañones no le había hecho olvidar que aun había otros triunfos que obtener además de los militares.

La impaciencia de los presbiterianos encontró en él un adversario decidido, participando de su opinión la mayor parte de los altos oficiales; y como las elecciones parciales llevaron á muchos de ellos á la Cámara baja, el independentismo tuvo un notable refuerzo en el Parlamento. Henry Ireton, que se casó con Brígida Cromwell, Roberto Blake, defensor de Taunton, Carlos Fleetwood, Algernon Sidney, Edmundo Ludlow y tantos otros de sus compañeros de armas, no pensaban haber expuesto su vida para contribuir al triunfo de los inquisidores presbiterianos. El general en jefe Thomas Farfaix, que solo posteriormente obtuvo asiento en el Parlamento, participaba de su opinión. Hombres pertenecientes á la clase media, como los eminentes juristas Selden, Whitelocke, St. John, que no deseaban dar una completa independencia al poder eclesiástico, contribuían á estorbar el ideal del presbiterianismo. En verdad se introdujo en todas las iglesias el nuevo servicio divino, la elección de los ancianos laicos en todo el reino y la ordenación de los pastores por medio de los presbiterios. Pero no se reconoció el derecho divino exclusivo de la institución presbiteriana, y los nuevos tribunales eclesiásticos debían ser vigilados por comisarios del Parlamento. Debían respetarse bajo ciertas condiciones las conciencias escrupulosas que sin atacar los principios fundamentales de la religión, no querían sujetarse al orden presbiteriano.

Los presbiterianos llamaron en su ayuda á toda la iglesia reformada de Europa. Contaban con escritos de adhesión de sus correligionarios de Francia, de Holanda, de Alemania y de la Suiza; poseían las simpatías de la City, que fué la primera que introdujo la nueva constitución de la Iglesia. Los pastores de Londres se indignaban, con raras escepciones, contra «la tolerancia, la gran Diana de los independientes y de todos los sectarios.» Las autoridades de la ciudad ordenaban días festivos y pedían al Parlamento que reprimirá las herejías; el Sínodo trataba de influir en el curso de los debates del Parlamento por medio de peticiones; y aunque el Parlamento sabía reprimir á los que las presentaban, en algunas ocasiones podían los presbiterianos desahogar sus iras contra los que pensaban de distinto modo. Había un cierto Paul Best á quien se acusó de las mas «atroces blasfemias contra la Trinidad, Cristo y el Espíritu Santo.» Fué encerrado en la prisión y se pidió que se le formase proceso, exigiendo que se le condenara á muerte. Otra víctima de las iras presbiterianas fué Jhon Lilburne, que en otros tiempos había sido azotado y expuesto á la vergüenza pública como agitador puritano, siendo después metido en prisión. Puesto en libertad cuando se reunió el Parlamento, fué nombrado capitán de infantería al principio de la guerra civil, y con todo el apasionamiento de su carácter se hizo uno de los campeones de las ideas de los independientes y radicales. Era muy testarudo y disputador.

«Si John Lilburne estuviese solo en el mundo, acostumbra á decir el satírico Marten, hubiera disputado John con Lilburne y Lilburne con John.» La carrera de las armas aunque podía ofrecerle muchos laureles no le satisfacía, por

lo cual se entregó á la lucha de los partidos, y escribió un violento folleto contra su antiguo amigo Prynne, que se había hecho uno de los jefes de los presbiterianos intolerantes y que también antes había sido puesto preso por su independencia.

Las comunidades anabaptistas fueron disueltas, sus predicadores encerrados y se destruyeron los ejemplares de la profesión de fe. Hechos análogos dieron lugar á advertencias de Cromwell.

Carlos I veía lleno de gozo las rencillas que dividían al puritanismo. Hacia tiempo que había entrado en negociaciones con los independientes, y pareciéndole que Henry Vane era el instrumento mas á propósito para utilizarlo contra los presbiterianos, le hizo saber que los realistas se unirían con los independientes para «destruir aquella dominación tiránica y asegurarse mutuamente la libertad.» Les conjuró á que confiaran en su palabra; se comprometió á demostrar la verdad de lo que decía, y respecto del Parlamento se mostró una vez más dispuesto á ir á Londres para llevar adelante las negociaciones de la paz, diciendo que iría sin escolta, licenciaría los restos de su ejército y entregaría las fortalezas que estaban en su poder, pidiendo únicamente que se le asegurasen á él y á sus partidarios la vida, el honor y los bienes.

Pero á su fiel Digby le comunicó los verdaderos motivos del paso que daba. «Quiero ir á Londres, le decía en una carta, para obtener determinados compromisos y lograr que los rebeldes me reconozcan como rey. Pienso poner de mi parte ó los presbiterianos ó á los independientes, y servirme de los unos para destruir á los otros á fin de volver á ser el dueño. Sucédame lo que me suceda no abandonaré ni la Iglesia, ni mis amigos, ni mi corona.»

En Londres, sin embargo, también habían penetrado sus intenciones. Por eso los independientes dejaron sus proposiciones sin contestación, el Parlamento tomó extraordinarias medidas de precaución y prohibió que se estuviese en relaciones con el rey y que se le admitiese en Londres, desterró de la capital á los católicos y á los realistas, y ordenó á la milicia que sofocase inmediatamente cualquier tumulto.

Rechazado por sus súbditos ingleses, dirigió Carlos I sus miradas á los escoceses, con los cuales durante largo tiempo tuvo negociaciones secretas protegidas por el gobierno francés, su esposa y nobles importantes, como el conde de Holland.

Los escoceses se hallaban muy descontentos con sus hermanos los ingleses. Llamados por éstos en 1643 para ayudarles á llevar el peso de la guerra, pudieron esperar alcanzar grandes triunfos y concluir con las revueltas político-religiosas del país vecino, comunicándole su constitución de la Iglesia, pero en una y otra cosa vieron destruidas sus esperanzas. El curso favorable que seguía la guerra, se debía en primera línea á los triunfos de Fairfax y Cromwell, mientras que el ejército escocés auxiliar había desempeñado un papel poco importante; la noticia de los triunfos de Montrose les había obligado á dirigirse hácia el Norte, y solo cuando se hubo vencido al audaz adversario, acamparon ante los muros de Newark.

Entre tanto los independientes recibían un fuerte apoyo con los victoriosos regimientos del ejército parlamentario, y cada día se hizo más dudoso que se llegara á un acuerdo con el rey con las mismas condiciones que le fueron presentadas en otro tiempo en su reino escocés, y sobre todo con el reconocimiento del presbiterianismo. Aumentaban las divergencias entre las dos naciones; los comisarios escoceses se quejaron de que sus aliados no pagaban los sueldos de la tropa y en cambio el Parlamento inglés contestó que